

“Señor Don Hector F. Varela.

Caracas, 7 de Diciembre de 1872.

Mi distinguido amigo y hermano

??? me trajo su grata carta fiel?? de Noviembre último [roto] a tiempo porque el buque que llevó la ??? aquí, salió antes que llegase el que trajo la de Enero? [roto]siempre es sazón oportuna para los afectos, mayormente para los que son del que los debe sin reserva al que los recibe con favores. Usted me tiene tan obligado, que aún poniendo yo mi escaso caudal todo, joyas que fuera, quedaría alcanzado para la paga; si no es que Usted q[roto] aceptarme como prendas, (que eso si ofrezco) un [roto] que nunca será til? [roto] amistad que [roto] pre será suya.

He leído en el Americano con el ??? que [roto] Usted la causa de ello, su gen[roso] humilde discurso en la Academia venezolana de Ciencias Sociales y Bellas Letras, el cual no pasa de [roto] exposición patriótica a un homenaje sencillo, [roto] que [roto] al respecto [roto] por a la Real Academia Española [se han] dignado este ilustre Cuerpo ingresarme? a él en ? las de Correspondiente extranjero. ??? esa era una ¿¿¿ literaria oscura y " ya cuenta sin la ejecutoria de Usted.

La misma demostración caballeresca debo a varios colombianos, entre ellos, al distinguido escritor Doctor Pablo Aracmena? Hermano del célebre Doctor Justo; nombres que bien ?? há me son familiares; "senlo en el mundo; [roto]co, y que [roto] tener tan cerca de mi amistad, como los ??? de mi cariño y mi ??? No puedo significara Usted cuanto amo a Colombia?

Usted, además de mi ??? vió [roto] tar en su periódico mi opinión sobre la guerra franca prisionera; y sobre ello y para hacer mas señalada la fineza, me adjuntó los recortes [en su] carta. No sólo el regalo, sino la cesta. Gracias, [mi] noble amigo.

Tamaño honra, la acepto en especial para mi patria, a quien pertenece. Yo d? propio? merecimientos nada soy; ello si, con tantos títulos. Cre[o sin] engañarme anales tenemos que pudieran leerse con orgullo en Foro romano delante de las sombras de los Común y los Régulos; hechos de gloria que pudieran haberse entallado en el escudo de Eneas; y en cuanto a ingenio nativo, crece aquí tan espontáneo y tan fácil, que benévola será algún día la Grecia antigua de los tiempos [veci]nos; solo que nos falta aún ??? que cuadre??? culti?? que acorde?? historia que narre, y cúmulo de adquisiciones en ciencia, artes e industrias, que son, al propio tiempo que depósito, fruto y enseñanza de los siglos.

Esta naturaleza nuestra está siempre de placen?? [roto] vistiendo golos; da gusto ver como nunca se cansa ni se agota; y oso pensar, que a ello debido así ama a estar estos horizontes de continuo llenos de luz, que haya tanto en los espíritus para la inventiva y las ideas, tal disposición en los ánimos para lo bizarro y lo gentil, y tal gracia y bondad en las maneras, que las hagan equivaler a una galantería natural, sin afectación y sin resabios. Usted habrá de ser tan bueno conmigo, como para perdonarme este arranque de entusiasmo; ya que no hay vanidad en el candor, y que ninguno es más inocente, que el que engendra el amor de la familia.

Y ahora me vuelvo a Usted, a quien deseo decir cosas que de antiguo me bullen en el pecho. Desde su elocuentísimo discurso en Ginebra, que mereció los aplausos de jueces tan competentes como los que había en ese Congreso de sabios, que ha logrado hacer tanto eco en Europa y en América, y que le comprometió a Usted desde entonces en alianza íntima con las aspiraciones del progreso, vengo siguiendo los pasos de Usted, y observándolo, ora como un objeto de ovaciones espléndidas en algunas ciudades populosas americanas, y como ídolo favorito de la prensa de todas ellas; ora como publicista de novedades trascendentales en la ciencia, y como escritor eminente, de recursos inagotables, de doctrina, de número y de otro. Yo le soy muy

aficionado a toda lumbre de ideas. Para mi el que manda en el camino, es el que va en la locomotora y ordena la voz de partida en el silbato; y quien mas enseña al mundo, el que hace reflejar sobre el esplendor del espíritu. Sobre todo, me encantan las ideas generosas, las que aman y unen a los hombres; porque son chispas de la verdad. La inteligencia sola es fría, infecunda a veces, si la concepción no toma el fuego y la inspiración del sentimiento. En lo material como en lo moral, el calor y la luz siempre andan juntos.

Éste que expongo respecto a Usted, pobre como se queda, no es sólo mi juicio, sino el de cuantos le conocen de lejos o de cerca. Donde quiera que se agita el pensamiento, Usted es apreciado así, y mejor. Ha luchado mucho; ha hecho una peregrinación brillante, con aplausos por séquito, y lauros por triunfos; ha predicado una cruzada de ideas desde las orillas del Plata hasta París, donde se ha fijado con su pluma, a fin de difundirlas de ahí como de un centro, y de unir, según parece y yo quisiera, las dos civilizaciones.

Hasta me gustara que se dijera una en un sentido, en el sentido del aprovechamiento y de la alianza; bien que haya dos en el [roto], por haber una que se pone y otra que vale, pero es uno mismo el sol. Hay despojos que caen; pero hay corteza que queda. Cada institución tiene su tiempo, cada idea su espacio de desenvolvimiento, cada ley sus condiciones coetáneas; y lo que queda de ello, salvo lo que se corrompe, siempre es vitalidad que sirve, y organismo que integra. El espíritu de progreso no levanta muros para dividir, ni se goza en cortar miembros y crear parálisis, sino en buscar palpitaciones o arterias, para saber donde hay o hubo vida, y estudiar así la humanidad. Ese polvo histórico que cubre lo pasado, no es polvo no más, sino esqueletos de ideas, que aún en ese estado enseñan, por que tienen cifra, porque forman página, y porque con ellos entronca, como una familia, el pensamiento, que es siempre solidario. De otra suerte, los hechos pasarían para dejar sólo escombros y las generaciones el vacío. El mundo bajo esta faz, ¿? sería sino un sistema de destrucción continua sin regeneración sucesiva, el progreso la aproximación al caos, el tiempo ¿? presente el anuncio del último estrago, y la nada, puesto que al fin es lo que queda detrás, la última palabra de los siglos.

Otra es la grande escuela; la cristiana; la de asimilación de lo que es útil; la de proceso orgánico; la de solidaridad universal. La solidaridad, ya que no sea el propio progreso, es una de sus condiciones; porque el destino es uno mismo, y la raza humana una. En esa inmensa elaboración social sin tregua, que distingue a la humanidad en su carrera, y en que andan confundidos instintos y razón, impulsos y derechos, errores y principios, aunque cada pueblo tiene su modo de ser, y cada época su tinte, se observa ahondando un poco, que los intereses son los que dividen, el orgullo el que arrastra, las pasiones las que ciegan, las guerras las que azotan; y ahondando más hasta llegar al fondo de las cosas, que hay ideas generadoras siempre vivas, y la continuación de una trama nunca rota.

Llegar a ese fondo, o aproximarse a él, para apropiarse esas las ideas puras, debe ser el blanco del afán; la vida, [esa lucha]; el fin del derecho, esa conquista. Pero el derecho, para hacerla, tiene que contar con que también sea completa también su sanción, que sólo lo será cuando la ilustración, y en especial el sentimiento religioso, estén en todos los espíritus como en todas las conciencias. Entre tantos en lo que dependa de los hombres, la verdad mi se tendrá sino en fragmentos; la justicia no se deberá muchas veces sino al combate o a la súplica; las obras serán ensayos, los sistemas teorías, y las teorías con frecuencia transitorias. Vamos, vamos, pero no estamos. El derecho político no es todavía el derecho público universal, ni el civil el llamado a ser el eco del de Gentes, ni la razón de hoy la razón de mañana.

Todo esto prueba, que es—preciso debemos ser observadores y pacientes; que si cosechamos en nuestros campos, tenemos que espigar en los ajenos; que en todas partes ha estampado Dios sus huellas, y que la tolerancia con instituciones y con hombres, no es sólo virtud, sino justicia de la crítica. La filosofía de la historia es grande, porque no condena sino que juzga; y la civilización lo es, porque quiere todo para todos.

Yo no sé si la Carta dada a Usted en ésta tal vez extemporánea disertación le prolija para? Carta, para Usted sin duda inútil pero hay veces que la pluma corre por su cuenta, o que vuelven los hábitos del Colegio, o que al más frío y al más circunspecto en hablar, les entra su calorcito y su gana de hacerlo, o ojo no se que; pero hecha ya la obra, dejarla; y cometido el pecado, el indulto Usted me lo dará.

He dejado lugar aparte para el Americano. El que ojo le doy, no es el que le honra, sino el que tiene ya en el mundo. En pocos días (así puede decirse) de niño se ha hecho hombre, derrama a torrentes doctrina y luz y su voz se oye y su parecer se consulta en cuantas cuestiones hay de actualidad; así como en las que no lo son, campea, o una filosofía observadora, u observaciones sagaces, o el arte más puro Leyéndolo, cree uno tener algo en las manos que se agita. Hay sabía en él, vitalidad, movimiento. Refleja el progreso.

Un periódico escrito ?? gran ?? y bien escrito, es una maquina de creaciones, un prodigio. Enfrena las olas de la agitación social, o las dirige; forma las tempestades para convertirlas en lluvias de ideas; desata el rayo, si es preciso, o lo recoge, como ira o como complacencia del derecho, levanta tribuna para la opinión, y tribunal para la queja; inmortaliza el pensamiento; dá consejo a los gabinetes, materia a los códigos, sanción a la ley, fermento a los comicios, estro a las inspiraciones oratorias; y después de ser en las relaciones internacionales, en virtud de su poder, árbitro de la paz y de la guerra, vá a los salones para ofrecer en sus cuentos, diálogos y juguetes delicados, la norma de la galantería alta, el chiste fino y la sal de ingenio.

Sea pues bien venido el Americano. Aquí se le solicita, se le aprecia, se le aplaude y en general está haciendo grandes beneficios a la América. Ya tendremos en Europa un representante más, y tan caracterizado como él, que lleva nuestra voz, y que haga conocer allá el movimiento de nuestras industrias, el monto de nuestra producción, la exuberancia de nuestras riquezas; en suma nuestra cultura y adelantos.

Aquí tenemos tesoros inagotables; es preciso decirlo al mundo. Aquí tenemos a Dios; es preciso decirlo también. Que se nos conozca, y que se nos aprecie, que se nos trate, para las grandes miras de la Civilización y la alianza del progreso. El dia que estemos en su carro todos, todos sin exclusión para nadie, detrás habrán quedado distinciones y divisiones históricas no más, e irá delante el prospecto de aspiraciones comunes y de esperanzas lisonjeras.

Ya voy a poner punto. Envío a Usted esos dos recortes de producciones de Rafael Seijas y Eduardo Calcaño, entre tantas de tanto venezolano como pudiera enviar, las cuales me gustaría ver reproducidas, para dar a conocer mas a sus autores. Me encuentro ~~embargado~~ embarazado para hablar de ello, por ser mis grandes amigos. Ambos abogados: el primero, eminente publicista, polígloto y escritor cultísimo, que no sabe vaciar nunca sus frases sino en los grandes moldes de la edad de oro; el segundo, pluma brillante, palabra fácil, dispuesta tanto a la doctrina y amó a la lucha, y con un ~~común~~ espíritu que no derrama jamás sino esplendores. No me pregunte Usted si eso es todo. Yo le contestaría como Mucio Scevola a por sena “que todavía quedan 300 Romanos” (mas diría yo), “para sostener el alto honor de Roma”.

Antes de concluir, y como Usted se sirve exigir mi colaboración, debo manifestar a Usted que la prestaré, como una honra para mi, hasta donde lo permita la pobreza de mis facultades. Seré mas asiduo así que salga de dos cuidados y atenciones. En primer lugar, tengo a mi excelente madre muy grave; y yo vivo con su vida. En segundo, estoy encargado por el Gobierno, en compañía de un jurisconsulto de nota, de la formación del Código penal y del

enjuiciamiento criminal, y de presentar hecha esta obra de años, en tres meses y medio. Como deseamos corresponder a la alta confianza en que se nos há distinguido, nos matamos trabajando. Por fortuna el compañero que tengo no puede ser mejor, el Doctor Juan Pablo Rojas Paul, inteligente, ilustrado, de una sagacidad jurídica rara; y me complazco en poner aqui su nombre, no solo por esto, sino porque es amigo mio de corazón, por que es un hombre público de mi país que ha dejado siempre en el Gabinete las huellas mas honrosas, y por que es nieto del célebre Doctor Felipe Fermín de Paúl, caballero de palabra dada y buena fé cumplida, y patriarca del derecho.

No me llame Usted enamorado de los hombres y de mi patria; o si quiere llámeme; con tal que me llame también su nuevo pero leal amigo.

Cecilio Acosta.”